

El mentidero de la Villa de Madrid

Nº 702 – Viernes 9 de Diciembre de 2022

El miedo o la cobardía

Emilio Álvarez Frías

Todavía viven no pocos españoles que pueden afirmar, y firman, que, con muchos más problemas que ahora, se vivió la salida de una guerra, la conversión de una España anticuada y decrepita en una España actualizada, una España creativa, con ideas, que levantó un poderío industrial del que seguimos viviendo, con gente dispuesta a trabajar y estudiar al mismo tiempo, creando casi todos los adelantos sociales existentes hoy (en algunos casos más, pues algunos los echaron por tierra los nuevos caciques), potenciando prácticamente todos los sectores de vida de los españoles, elevando a una gran mayoría de ellos a clase media cosa que ahora se va desmoronando, consiguiendo un Seat 600 como maravilla de coche para disfrutar con la familia, y un sinfín de posibilidades que sirvieron para que la transición pudiera seguir con el progreso. Pero los herederos, como los nuevos ricos, no supieron aprovechar ese río que continuamente avanzaba por un cauce más o menos seco. Aunque si supieron tomar desde el principio el axioma de Carmen Calvo de que el dinero público no es de nadie sin saberlo aprovechar bien.

No supieron coger con el mismo ímpetu, igual deseo de progreso, y, sin ningún pudor, cambiaron las normas por otras que, pudiendo ser buenas, no consiguieron encaminar adecuadamente. ¡O fue miedo! ¡Acaso cobardía!

Y, como principio, intentaron barrer lo que les estorbaba por lo que fueron suprimiendo las raíces, se quedaron solo con la flor, y, lógicamente, se fueron resecaando los campos y convirtiendo en un erial. Erial sobre el que han intentado sembrar sus principios sin conseguir resultados positivos para un progreso asentado en simientes fértiles y fructíferas. Barrieron mentalmente los cuarenta años productivos y con ello, como decimos, se fue perdiendo la buena simiente.

Sin ir más lejos, ahora mismo, a las dos y pico de la tarde, en el vodevil de actualidad de TVE1, acabo de oír a una moza, con gestos alocados, soltar una sarta de barbaridades e imbecilidades de tal calibre que era suficiente para que la retiraran la acreditación de periodista, si lo era. Todo ello, con el fin de defender alguna de las sandeces que se ponen en marcha, lo hizo echando manos de «todo el infierno que representaban los cuarenta años» a los que nos estamos refiriendo, «similares a la actuación de la Alemania del Reich». ¡Qué pena de gente! ¿Por qué no estudiaran un poco para saber de qué hablan? Todo el ardor de la chica era para comparar aquellas «dictaduras infames» con algo que no tenía nada que ver.

Dejando que por la pantalla siguieran diciendo sandeces, dediqué la mañana a visitar varios de los mentideros que, aprovechando la fiesta de la Constitución, estaban en pleno apogeo tratando el tema, y poder pulsar en caliente la opinión de los diferentes contertulios. El sentir obtenido de todos ellos era muy parejo: que la fiesta presentaba unos enormes síntomas de tristeza, encabezados por quienes tienen el cedazo y no saben cerner la mies.

¡Vaya celebración de festividad izar una bandera en la puerta de casa, solo para los amigos, sin que se encontrara presente el pueblo de Madrid ni la representación popular de toda España! Según el folleto explicativo para los que acudían al acto, era solo en homenaje a las Cortes Generales y la cosa estaba organizada por el Estado Mayor de la Defensa. Siendo la opinión de los parlamentarios de los Mentideros de la Villa de Madrid, un acto triste, pues si la Constitución es de todos los españoles que la hemos votado en referéndum, el homenaje que se haga con motivo de su cumpleaños ha de ser de toda la nación como refrendo, y no solo del grupo de amigos que se sientan en los escaños.

Y sobre todo escondido el acto en la carrera de San Jerónimo para poder cortar y controlar toda otra asistencia de público, caso de que de forma espontánea acudiera.

La historia no se escribe a cachos según el humor de los dirigentes, según resulta evidente y está demostrado a lo largo de los siglos. Se escribe tal como sucede, teniendo en cuenta lo anterior para mejorarlo si es posible, para actualizarlo si los tiempos lo aconsejan, pero no cortando de raíz por cualquier lado para implantar un nuevo modo. Y mucho menos para querer implantar de nuevo un trozo de esa historia que fue funesto, que hubo que seccionar y limpiar para aprovechar lo bueno que se arrastraba desde hacía siglos.

¡Qué pena, querido Miquelarena! Andamos con miedo o con cobardía.
